

Arnaldo Calveyra

Allá en lo verde Hudson

Una relectura de *Allá lejos y hace tiempo*
de Guillermo Enrique Hudson

Ilustraciones de Antonio Seguí



Adriana Hidalgo editora

Calveyra, Arnaldo
Allá en lo verde Hudson -1ª. ed.
Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2012.
154 p. ; 19x13 cm. - (la lengua / relato)
ISBN 978-987-1556-80-9
1. Narrativa Argentina I. Título
CDD A863

la lengua / relato

Editor: Fabián Lebenglik
Maqueta de tapa: Eduardo Stupía
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© Arnaldo Calveyra, 2012
© de las ilustraciones: Antonio Seguí
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2012
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1556-80-9
ISBN España: 978-84-92857-65-4

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Esta edición se terminó de imprimir en Latingráfica, Rocamora 4161,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en el mes de febrero de 2012.



William Henry Hudson: *Far away and long ago*, Dent & Sons, Londres, 1972.

Guillermo Enrique Hudson: *Allá lejos y hace tiempo* (traducción castellana de Fernando Pozzo y Celia Rodríguez de Pozzo), Peuser, Buenos Aires, 1945.

W.-H. Hudson, *Au loin... jadis...* (traducción francesa de H. Archambeaud-Fauconnier), prefacio de John Galsworthy, Librairie Stock, París, 1933.

1989, finales de año. Buena cosa releer *Allá lejos y hace tiempo* en estas tardes de pausa impuesta por las fiestas de fin de año; días que parecieran poco a poco irse inmovilizando –inmovilizado el año y como convirtiéndose al recuerdo–, este paso de horas atentísimas (irán hasta el cambio de dos cifras en el guarismo del año), inmóvil año como todo aquello a lo que en momentos así otorgamos prerrogativa de pasaje.

Hudson releído en medio de este recogimiento, a esta luz de tardes últimas, tardes parecidas a nochecitas en este final de 1989, entre el año que se desvanece y otro que todavía no llega, llovidas pareciera de no sé qué provincias, galerías o barruntos de otro siglo y aun cuando el desnudo de la gran ciudad no cese y que de ese siglo (¿acaso el XIX?), no quede nada de viviente como no sean los perros y algunas personas, hombres y mujeres que se pasean por las veredas; Hudson, pues, releído a esta luz de no sé qué año y poblaciones. Pausa obligada a la vez que con algo de impuesto. En todo caso, obligada o no ha de ser lo mismo para quien como yo, que vive de prestado en este lugar sin tener que verse en la obligación de hacer o recibir visitas para despedir el

año, ni tener que ajustarse al protocolo de cortesías de fin de año, ni que sacrificar a la sociedad de consumo, ni tener que pensar en los preparativos del *réveillon*, ni en los diferentes tipos de carne con que agasajar a sus huéspedes, pausa, decía, que ha de engendrar esta idea lo más seguro que ilusoria que uno puede hacerse de tardes de otro tiempo. En todo caso, *Allá lejos y hace tiempo* releído en este recogimiento conventual, suerte de *no man's land* que se empina entre un año que termina y otro que no llega, estas horas y los silencios atentísimos que su lectura impone, me llevan a imaginar tardes diferentes a ésta, que se llueven en el sentido de la página, apareciendo de no sé qué rincones, balbuceantes las entreveo a través de los vidrios de la ventana, balzacianas a más no poder, me van mostrando las huellas del bullir intenso de una ciudad situada, como París, a unos cincuenta grados de latitud al norte del planeta.

Tal vez sea lo exiguo de esta luz de las dos de la tarde que al filtrarse por la ventana me comunica una como insinuación o pedido de destiempo, esta idea o atisbo de una idea que podemos hacernos (que en todo caso me hago yo) de tardes semejantes en un final de año en esta misma ciudad, pero que en lugar de dirigirse hacia el siglo próximo, conjetural siglo XXI, o, más modestamente, hacia 1990, le siguieran perteneciendo al siglo XIX.

Al disponer, además del texto original de *Allá lejos y hace tiempo*, de las versiones castellana y francesa, puedo, por curiosidad hacia las palabras de mi lengua, pasearme libremente entre ambas traducciones y, como siempre en el caso de libros de este tipo, me pregunto por lo que el lector lee en una traducción. Por libros de este tipo me refiero a libros que aun cuando escritos en prosa tienden, al menor arrebato de los recuerdos, a la menor insinuación o insistencia de la evocación, a la levedad del canto, donde cada sustantivo convocado por el autor corresponde a un objeto y sólo a ese objeto en tierras de la poesía.

Como Hudson en el momento de escribirlo, los traductores habrán tenido que rescatar para la lengua castellana tesoros de la infancia y adolescencia argentina del autor; como en un ritual mímico, el suyo de traductores bajo unas mismas constelaciones australes, repitieron la tarea que Hudson, Inca Garcilaso redivivo, había emprendido al desenterrar, como a pájaros dormidos, tesoros animales, vegetales y humanos guardados por más de sesenta, setenta años en una caverna de la mente y en los que la cristalina expresión hudsoniana entraba en resonancia con la sintaxis simple del idioma inglés, ¡y cuántas veces no me habré puesto a pensar que la entonación de su dicción inglesa no podía no guardar más de un

punto de parentesco con el castellano de nuestros pagos, castellano que él habló a la vez que el inglés, durante su permanencia entre nosotros (“el año 1874 es el de la terminación de la presidencia de Sarmiento, que dejó escapar este divino gorrión!”), escribe Ezequiel Martínez Estrada en *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, hasta la edad de treinta y tres años en que se marchó del país:

My life in the plantation in winter was a constant watching for spring. May, June, and July were the leafless months, but not wholly songless. On any genial and windless day of sunshine in winter a few swallows would reappear, nobody could guess from where, to spend the bright hours wheeling like house-martins about the house, revisiting their old breeding-holes under the eaves, and uttering their lively little rippling songs, as of water running in a pebbly stream. When the sun declined they would vanish, to be seen no more until we had another perfect spring-like day.¹

Repito mi pregunta un poco más de cerca: ¿qué leemos cuando leemos un libro en traducción, más allá de la mera anécdota y dando por sentado que

¹ Si bien es cierto que los traductores al castellano de *Allá lejos y hace tiempo* no podían utilizar la palabra castellana *plantación* por la inglesa *plantation*, el sustituto *monte* que emplean excluye lo plantado por la mano del hombre: la casa en primer lugar, la huerta luego, los árboles frutales..., el *hábitat* del niño Hudson en suma. *Monte* (mi diccionario): Tierra inculca cubierta de árboles, arbustos o matas.

lo que de veras resulta imposible intercambiar es a la vez la lengua de origen y la lengua de llegada? La mera anécdota, decía, que no siempre resulta tan mera y que en el caso de *Allá lejos y hace tiempo* conforma el tiempo visible del libro y como si de un escrutinio ante escribano se tratara: el lector en cierne de esta antología, lector que será recorrido por las casas, las diferentes casas donde Hudson vivió en Argentina: cuerpos; seres; campos; estancias; poblaciones; tajamares; un hombre degollado; árboles en cantidad; árboles, innúmeros; árboles frutales; pájaros; una ciudad en gestación, Buenos Aires; la luz; la noche, las noches; la presencia de la madre; libro poblado de anécdotas siempre en situación y que, lejos de constituir la tela de fondo, se hallan intensamente imbricadas en la trama.

Leer un libro en traducción equivale también y desde un comienzo a estar lejos de saberlo todo del ambiente, la atmósfera de las palabras con que fue escrito, de los sustantivos en particular, de saberlo todo sobre los diferentes hitos que subyacen en el texto de origen, y lo sustentan. Si no es poniendo en juego nuestra intuición de lectores, no podremos nunca llegar a saberlo todo del ambiente de las palabras del libro; podremos, en cambio, interesarnos por los armónicos que el traductor encontró o ensayó para dárnoslo a conocer. Sólo así llegaremos a saber

algo sobre los elementos que entraron en la composición del libro; o por aproximaciones sucesivas al ambiente de las palabras que lo componen, o, mejor aún, mediante un acto de fe en el traductor que convocó esas palabras llegadas de otra lengua; todo o casi todo sobre esa patriada que es una traducción (no es excesiva la palabra), y de las mayores; todo o casi todo sobre esas palabras que levantaron o levantarán en nosotros esa serie de “armónicos”, que salvaron precipicios e hicieron lo imposible para que pudiéramos encontrarnos, en medio de nuestra circunstancia de lectores que lo desconocen todo o casi todo de la lengua de origen, con semejante libro llegado a nuestra lengua.

Era preciso intentar este reparo tratándose de una obra traducida y, en particular, de *Allá lejos y hace tiempo*, tan predispuesta a la canción incoercible. Que es como decir al vuelco inesperado de una perdiz en medio y lo mejor del vuelo.

En el caso de *Allá lejos y hace tiempo* no es excesiva la palabra *patriada*, puesto que Hudson con este libro contribuyó a fundarnos un poco más, y, sin lugar a dudas, contribuyó a que llegáramos a valorar lo mejor que tenemos: gentes y luz.

Lo que leemos al fin y al cabo resulta de una propuesta del traductor —en particular, en cuanto a las



palabras se refiere—; a la vez que obedece al espíritu de la lengua a la que tradujo, responde a su más íntimo deseo de que ese encadenamiento llegue a interesarnos a nosotros, lectores, y nos llegue conservando la mayor cantidad de energía del original.

En el caso de *Allá lejos y hace tiempo*, la tarea del traductor ha de haberse visto dificultada, al tiempo que paradójicamente asistida por un cierto número de expresiones castellanas que Hudson utiliza literalmente en su texto, como “*¡Perdón, por Dios!*”, “*Las once han dado y sereno...*”, “*las once han dado y nublado...*”, expresiones que han de haberle servido como pausas si no pautas, no siempre sin equivalente en inglés, como descargas al exceso de emoción, las veo actuando como precipitados o conductores de esa emoción, actuar a manera de pararrayos en el material anímico del libro (y hasta puedo oírlo que utiliza con bastante frecuencia y lo más probable que inconscientemente, barruntos de ritmos que le llegan de su oído castellano siempre vigente, siempre avizor pese a los años de extrañamiento y a que el diapasón castellano se hallara, al final de su vida, probablemente fuera de uso). ¿Se trataría de expresiones (palabras como *pichicho*) que él habría creído sin equivalente en inglés?, ¿o bien que habría preferido conservar en castellano en la urdimbre del libro por lo que *le significaban a él*? Lo cierto

es que esas expresiones empiezan a actuar a manera de notaciones musicales en la partitura que el libro empieza también a ser a partir de esos momentos, de hitos en la emoción del autor (y del lector que estamos por ser), pruebas a la vez que esencias de una realidad desvanecida, efusiones, abrazos que no terminan de una cotidianeidad que fue la suya las veinticuatro horas del día durante treinta y tres años, esos nombres de pájaros (el “hombre de los pájaros” lo llamaba la gente que lo veía pasar), esa planta de *duraznillo* (en castellano en el texto original), en sus manos de inspirado evocaría ésa y ninguna otra, voces, urgencias, borbotones, secuencias desvanecidas que llegan a las páginas del libro como si de los diferentes nombres del pasado se tratara, pidiendo hacer noche en el lugar, anotaciones menos que literarias musicales, que lo habrán ayudado a adecuar su emoción de escritor ante el vasto repertorio de temas de que disponía, la materia cantada y la gama de intensidades que era preciso poner en juego, muchas de ellas actuando en ocasiones al unísono. Para que, al cabo, su emoción terminara por ponerse de acuerdo con la marea elegíaca que tenía entre manos.

Lo cierto es que utiliza esas palabras como si no tuvieran equivalente en inglés (caso del nombre de ciertos pájaros). Tampoco, como dije, podríamos

llegar a saberlo todo del ambiente original de las palabras inglesas que utilizó si no es poniendo a trabajar –tratando de traicionarlas lo menos posible, a la vez que tratando de traicionar lo menos posible– nuestra intuición de lectores.

¿Pero cómo no traicionar por más que no se quiera?, ¿no traicionar, en particular, las intensidades tantas veces escondidas en el libro como quien esconde huevos de Pascua en la vastedad de un jardín? La tonalidad azul de los árboles en la distancia (“sugerencias de eternidad”, el verso es de William Wordsworth, su casi contemporáneo), como ejemplo de las recurrencias que enriquecen constantemente el libro, le confieren ese tono inconfundible de elegía. Tales vehemencias, como el recuento repetido de las arboledas contempladas desde lejos, rebasan el simple recurso estilístico para convertirse en frecuencias del corazón.

Por esos mismos años en que Hudson escribe *Allá lejos y hace tiempo*, a escasas leguas de distancia, esta vez *on the continent*, Marcel Proust, otro obstinado de las esencias, acompañado –como Hudson, y lo más seguro que sin saberlo el uno del otro– por el amor de Ruskin, el tercer profeta, cumple con los mismos menesteres, recuperar el tiempo, atisbar, despertar recuerdos como un entomólogo insectos

antes de que se conviertan en oráculos, formas que sólo de indiferencia gozan entre los hombres. Porque, en efecto, pasado un cierto número de años, nuestras vivencias deciden por lo general irse volviendo oraculares, ir tomando consistencia de oráculos, de palabras sujetas más que otras a interpretación, empiezan a suceder a partir de un trasfondo de enigma. Para lograrlo, tanto uno como otro, habrán tenido que ir separando luz de sombra, pacientemente incitarlas a que fueran mostrando por lo menos una de sus caras, ir a su encuentro en mañanas, en tardes y noches de la infancia y juventud, ponerlas de nuevo a suceder de entre la suma de los años, de entre el mar insomne que empiezan a ser los años, hasta que al fin se decidan por su engañosa condición oracular. Una vez más se trataba del recuento de la maravilla y la crueldad de las cosas habidas y perdidas. Hudson, como Proust tantas veces, comparte el mismo sentido ineluctable de la belleza y la atrocidad de lo que sin descanso nos rodea, obedece a un mismo tipo de jugador sin ilusión.

En ambos casos la tarea de apropiación se lleva a cabo por caminos tan fuera de lo habitual, que la página, el precipitado que esa página resulta, es de tal calidad de impregnación que cada una de ellas entraña un mismo tipo de acontecimiento de gravitación y hondura irreversibles. *Laudator temporis acti?*, no precisamente,

pero sí de un orden parecido a aquellos sucesos que nos han de marcar por el resto de nuestras vidas, a tal punto su carga emotiva es inagotable, “de tal pasión estábamos hechos”, parecen decirnos, “tal era la fuerza de nuestras pasiones”, que a cada lectura de su obra –como ellos en el momento de escribirla–, nacemos una vez más, nos sentimos confirmados en nuestra existencia.

En *Allá lejos y hace tiempo* se rescatan sucesos nimios como el palomar que se levantaba junto a la casa paterna, “blanqueado por fuera y con una pequeña puerta que siempre estaba cerrada con llave”, de página 220 de la traducción Pozzo. Me sigo preguntando de qué estaría hecha esa llave en el momento en que, triunfante de la larga clausura, surgía brillando al sol con su peso específico y su utilidad de llave, de qué material estaría hecha en su recuerdo, de qué material en el momento de evocarla, o, en todo caso, de qué material estaba hecho el recuerdo de esa llave en el momento en que reaparecía, esta vez para nuestro placer y el placer de la literatura, mojarrita brillando al sol adornada con su peso específico y su utilidad reencontrada de llave.

¡Extraña cosa velar los instantes de una memoria en obra! Siempre me preguntaré de dónde brotan esos recuerdos que de tan frescos parecieran aludir

a objetos olvidados en un desván, rezagados y como ajenos a la combustión del tiempo, expectantes se demoran ante nuestros ojos aun si en el momento en que vuelven a mostrarse estamos en plena lectura que no abandonamos, animalitos sorprendidos en su correría ante nuestra mirada de lectores: “¿deberé salir huyendo de la página, o deberé quedar aquí paralizado por unos instantes todavía?” Me pregunto de qué tipo de disponibilidad se requiere (John Keats, al aludir al acto de creación poética habla de “aptitud negativa”, que se manifiesta según él, “cuando alguien es capaz de permanecer en la incertidumbre, el misterio, y sin la irritable búsqueda del hecho y la razón de ese hecho”; y agrega: “si en esos instantes un gorrión se presenta a mi ventana, participo de su existencia y picoteo con él en la grava”); me sigo preguntando de qué tipo de disponibilidad se requiere, disponibilidad de la mirada, disponibilidad del cuerpo a punto de convertirse en arco que se tensa, disponibilidad de los nervios como flecha de ese mismo ser, arco a punto de incandescencia, y poder así “asistir” a las primicias de las imágenes que recibía en el momento en que se le presentaban y tal como se le presentaban, flor, vuelo de unos patos silvestres, muerte del perro *Pichicho*, reír homérico de don Gándara, en que esos sucesos fueron sus contemporáneos: para que la mente, o la memoria, o las manos, o la planta de los pies, en el

momento en que se le presentaban en forma de hechos en bruto, en el instante en que esas imágenes que él reconocía como salidas del libro de la naturaleza, *sucedían*, le sucedían a él como nos siguen sucediendo ahora a nosotros en forma de lectura, son *esa flor, un vuelo de patos silvestres, la muerte del perro Pichicho, el reír homérico de don Gándara*, para que la mente, o la memoria, o las manos, o la planta de los pies, que las habrían atesorado contra el viento y la marea de los años un buen día las llevaran al buen puerto de una página o que, de lo contrario y como con casi todo sucede, la muerte intervenga y acabe por borrarlas.

¿Cómo pudieron, pues, aflorar imágenes semejantes sesenta, setenta años más tarde?

Al segundo día de mi enfermedad, en un intervalo de relativa calma, empecé a recordar mi infancia, e inmediatamente comprendí que el remoto, el olvidado pasado, volvía a mí como nunca lo sintiera antes. No implicaba el estado mental, conocido por muchas personas, en que una escena o sonido, o más frecuentemente, el perfume de una flor, asociados a nuestra edad temprana, restauran súbitamente épocas pretéritas de modo expresivo, pero que no pasa de una ilusión. Es un estado emocional intenso y desaparece tan rápidamente como viene. Este otro era diferente. Para volver a la similitud y metáfora

usadas al principio, diré que fue como si las sombras, las nubes, la bruma, se hubieran desvanecido y el amplio paisaje se tornara nítidamente claro ante mi vista. Sobre todo, mis ojos podían recorrerlo a su antojo eligiendo este o aquel punto para tratar de examinarlo en todos sus detalles, o en el caso de alguna persona conocida por mí cuando niño, seguir su vida hasta el final o hasta su alejamiento de la escena, y luego volver al mismo punto para repetir el proceso con otras vidas y reasumir mis paseos en los viejos sitios familiares.

¡Qué felicidad —pensaba yo— a pesar de la incomodidad, el dolor y el peligro, si esta visión continuara! No era de esperarse. Sin embargo, no se desvaneció, y al segundo día me dispuse a intentar salvarla del olvido que, de pronto, podría cubrirla otra vez.

Pese a las explicaciones que Hudson nos da en las primeras páginas del libro, el que tales imágenes existan resulta de todos modos inexplicable. Y aun cuando nos sea necesario partir de la hipótesis simple de una mente intacta, ¿cómo no haber perdido, del todo perdido, entre los avatares de una vida errante y ya cuantiosa en años la llave que cerraba la puertita del palomar de la casa paterna y que por tan increíble circunstancia de hallarse a salvo en su memoria es ahora un sustantivo en el país de la literatura?, ¿acaso porque se trataba de uno de los duplicados de la llave del Templo? ¿Afloraban, afloran imágenes tales cuando

se da la conjunción entre una mente enamorada y el cuerpo del hombre proveyo, incesantemente aludido, conversado cuando no acorralado por el breve plazo de vida que le queda? En su caso, equivaldría a pasar las noches al descampado, vencido de antemano por la intemperie del país de donde su luz procede, ¿cuál el mecanismo, la cifra de la memoria victoriosa?

¿Cuál la disponibilidad de la mirada al ponerse de acuerdo con esa parcela de cuerpo interrogada a la vez que puesta en tela de juicio y poder así estar íntegramente presente en lo que ve? Al leer páginas de tan sobrecogedora transparencia, una vez más me pregunto de qué modo el niño y el joven y el hombre hecho mirarían lo que se les presentaba ante los ojos. Como si las cosas que contemplaba, a la vez que despertarlo extraordinariamente, lo hubiesen, paradójicamente, mantenido en un estado próximo al letargo, especie de duermevela o “lectura” pasiva a la vez que a conciencia para que, una vez pasadas al estado de recuerdos, mantuvieran, salvados los años, esa pátina tan única con que las leemos ahora. Como cuando nos preparamos a dar un examen y que el tiempo a nuestra disposición nos es contado: poco importa, lo que importa, además de nuestra implicación de todos los sentidos procedente de una paz particular y como sobrevenida del alma, lo que de veras cuenta en estos casos es que, gracias a

esa visión interior agudizada por la necesidad, podamos “considerar integralmente” lo que es preciso retener, además de mantener alerta nuestra calidad de observación. Observarlo todo y cada cosa en una calma activa del ánimo y sin que el cuerpo exiga lo que constantemente está exigiendo de cada uno de nosotros –supongo que ha de ser lo mismo en el caso de escribir ciertas páginas un escritor, o de dar un concierto un instrumentista. Después de haber creído olvidar –y de haberlo acaso “olvidado”– no sólo los detalles sino también lo esencial, en el momento de “entrar en capilla” y casi enseguida luego ante la mesa examinadora, y por poco que esa paz del alma a la que aludía siga estando de nuestra parte, se tratará menos de recordar lo aprendido que de recuperar (reactualizar) esa atmósfera, cada detalle “leído” de esa forma, y lo que rodeaba cada uno de esos detalles: los “conocimientos” aparentemente más secundarios se presentarán como escritos en un pizarrón, placas fotográficas llegadas de no se sabe qué climas con su agregado de color y a veces hasta de olor, yapas siempre bienvenidas..., como el pasto crecía ante la mirada del niño y del hombre Hudson. La más ardua de las materias no puede resistirse a ese tratamiento por la atención.

Pienso en la tarea de tejer una alfombra, operación que diera en irse volviendo mágica, no porque la alfombra



pudiera echarse a volar en cualquier momento sino por que esta vez la magia consiste en que, a medida que se teje, la alfombra va perdiendo toda posibilidad de tener revés y derecho.

Borges cuenta que de niño sus padres le aconsejaban que al leer un libro tratara siempre de entender lo que leía, y que de haberse servido más de la memoria, a veces en despecho de la comprensión, hubiera podido atesorar una abundante biblioteca para las épocas en que, casi ciego, fuera incapaz de leer. Pero todos estos razonamientos poco o nada explican, en última instancia no explican lo esencial, no explican la existencia en nuestras manos de semejante libro.

La casa en que nací en las pampas sudamericanas, era muy apropiadamente llamada “Los veinticinco ombúes”, porque había allí justamente veinticinco de estos árboles indígenas de gigantesco tamaño. Se encontraban ampliamente separados entre sí, formando una fila de más o menos cuatrocientos metros de largo. El ombú es verdaderamente un árbol singular, ya que, siendo el único representante de la vegetación natural del suelo en aquellas niveladas planicies, y existiendo también muchas extrañas supersticiones relacionadas con él, equivale a un romance en sí mismo. Pertenece a la rara familia phitolaca y tiene una inmensa circunferencia,

la que alcanza a dieciocho o veinte metros en algunos casos. Su madera es tan blanda y esponjosa, que se puede cortar con un cuchillo, no sirviendo absolutamente para leña, puesto que no se seca después de cortada, sino que se pudre como una sandía madura. Crece lentamente y sus hojas grandes, lustrosas, de color verde oscuro, son venenosas como las del laurel rosa o adelfa y a causa de su inutilidad, probablemente ha de extinguirse, como tantos graciosos pastos de las pampas de esa misma región. En la actualidad, el hombre, extremadamente práctico, deja caer rápidamente el hacha, sobre la raíz de las cosas, que, a su modo de ver, estorban en la tierra. Empero, antes que otros árboles hubieran sido plantados, el primitivo e inmenso ombú tenía sus usos. Servía al viajero como un gigantesco mojón en las grandes y monótonas llanuras. Proveía fresca sombra al hombre y a su cabalgadura en verano. A la par lo utilizaba el curandero, quien usaba las hojas para el paciente que necesitaba activo remedio para su mal.

Nuestros árboles casi centenarios y muy grandes, como se encontraban sobre una elevación, divisábanse fácilmente a una distancia de tres leguas.

A mediodía en el verano, el ganado vacuno y las ovejas, de las cuales teníamos gran número, acostumbraban descansar aprovechando su sombra. También a los niños, uno de aquellos corpulentos ombúes, nos procuraba la más espléndida casa de juegos. A él solíamos llevar cantidad de tablones para construir seguros puentes de

rama a rama, y a mediodía, cuando nuestros mayores dormían la siesta, realizábamos nuestros arbóreos juegos, sin ser molestados.

...

Nuestra casa, de construcción larga y baja, hecha de ladrillo y muy antigua, tenía la reputación de estar encantada. Uno de sus anteriores propietarios, cincuenta años antes de que yo naciera contaba entre sus esclavos a un hermoso joven negro, que por su belleza y afabilidad convirtiéndose en el favorito de la señora. Tal preferencia llenó de sueños y de aspiraciones los pobres sesos del negro, e interpretando mal las graciosas maneras de su patrona, se aventuró, acercándose a ella, en ausencia del amo, a declararle sus sentimientos. No pudo la dama perdonar semejante ofensa, y cuando el esposo regresó, lo recibió pálida de indignación, refiriéndole cómo el miserable esclavo había abusado de su bondad. Poseedor de un corazón implacable, el esposo ordenó que el ofensor fuera suspendido por las muñecas de una de las ramas bajas y horizontales de "El Árbol", y allí a la vista del amo y de la esposa, los demás esclavos, sus compañeros, lo azotaron hasta causarle la muerte. Su cuerpo deshecho fue conducido y enterrado en un profundo foso, a pequeña distancia del último de los ombúes de la larga fila.

Y era el espíritu del pobre negro (cuyo castigo fue más duro que lo que su proceder reclamara) el que se suponía encantaba el lugar. No se aparecía, según las versiones

circulantes, a la manera del duende común, que camina envuelto en una sábana blanca. Los que sostenían haberlo visto, aseguraban que, invariablemente, se levantaba del sitio donde el cuerpo había sido enterrado como una leve y luminosa exhalación de la tierra y tomando forma humana flotaba lentamente hacia la casa, paseándose entre los grandes árboles y sentándose a veces sobre una vieja y saliente raíz. Allí permanecía inmóvil durante horas, en una actitud meditativa y triste, al decir de mucha gente. Yo no lo vi nunca.

Ocupado como estaba en leer en el gran libro que la naturaleza le tendía a sus escasos años, ¿cómo no habría de escribir en *Allá lejos y hace tiempo*?:

Por mi parte, no sentía inclinación por los libros, que significaban lecciones y deberes, siéndome, por lo tanto, repugnantes. No me convencía fácilmente de que alguien los leyera por placer.

En esos primeros años de vida, ¿quién hubiera podido adivinar que el mismo hombre que recordaba ese horror juvenil y casi sagrado por los libros daría más tarde muestras tan concluyentes de páginas que se leen por el puro placer de la lectura? He aquí un recuerdo de Hudson que remonta a los cinco años (iba a decir: en este retrato, Hudson tiene cinco años):

Los incidentes e impresiones recordados en el capítulo anterior, se refieren —como ya he dicho— a los últimos dos años, de mis cinco de vida, en el lugar de mi nacimiento. Mi memoria se resiste a llevarme más atrás. Algunas personas de maravillosas facultades, pueden retroceder mentalmente a los dos años de edad y aun a su primer año. Yo no. Podría únicamente contar los rumores de lo que fui, o hice, después de los tres. De acuerdo con todas las narraciones, las nubes de gloria que yo traje al mundo —el hábito de sonreír a todas las cosas que veía y a todas las personas que se me acercaban— dejaron de ser rastros visibles alrededor de esa época. Sólo me recuerdo a mí mismo como un niño cualquiera, como un animalito salvaje corriendo sobre sus patas traseras, enormemente interesado en el mundo en que se encontraba.

Empiezo, pues, a los cinco años de edad, temprano, en una fría y brillante mañana de junio —mitad del invierno en aquel país del sur, de grandes llanuras o pampas— esperando impacientemente que engancharan y cargaran la volanta, sintiéndome luego colocado en la parte de arriba con los otros pequeños, que en aquel tiempo sumábamos cinco, llegando finalmente el gran instante de la partida, entre gritos y mucho ruido de patadas, resoplidos de caballos y rechinar de cadenas. Recuerdo muchas cosas de este viaje que empezó al salir el sol y terminó entre dos luces, poco después de ponerse aquél. Realizaba mi primer viaje e iba hacia lo desconocido.